

## ***En Beijing*** **Por Pablo Mendoza**

Parecería que Wuhan, una ciudad que ahora existe en el imaginario de todo mundo, se ha convertido en un antes y después de la humanidad tras la fuga del virus que se ha propagado en todos los rincones del planeta. Es un poco difícil de creer que habiendo estado en el epicentro de la epidemia esto sea real; parecería más bien como un sueño dentro de un sueño al infinito, en el cual, mirando hacia el pasado en los múltiples espejismos que me tocó vislumbrar, puedo hablar de esas realidades que ahora ya no existen y que sólo le pertenecen al olvido, como será todo lo que vivimos antes y después de la aparición del virus.

En esta ocasión quisiera hablar de la China que me tocó vivir, partiendo de esta película que dio a luz este año y que está conformada por cuatro historias que filmamos mis compañeros de la Academia de Cine de Beijing, Rodrigo Escobar-Vanegas (Colombia), Qiu Meijun (Taiwán) y yo, Pablo Mendoza (México). La película es una apología al amor y al deseo desenfrenado por el cine; la primera parte narra la historia de un joven y su sueño de hacer una película, aunque esta implique la destrucción de su equipo de colaboradores y por consiguiente de él mismo. Las otras tres son historias de amor, unas más frenéticas que otras pero que al final trascienden la narrativa *per se* y su esencia es vertida en el cáliz primigenio, que es el amor y la locura de los cineastas por las imágenes en movimiento. Cuando vi la película me quedé en una especie de trance emocional (ya extrañaba ese tipo de shocks cinematográficos) porque era como ver las imágenes de la última secuencia de *Cuando el destino nos alcance* de Richard Fleischer, o las escenas inolvidables que hicieron también llorar a la generación de nuestros padres en la última secuencia de *Cinema Paradiso* de Giuseppe Tornatore.

En mi caso, las lágrimas se me salían porque me transportaron a ese Beijing que me tocó, que nos tocó vivir, en la primera década del Siglo XXI, a la que suelo llamar como los tiempos dorados de China, no tanto por el despegue económico (que me era irrelevante), sino por el aire de libertad que se respiraba; también lo puedo definir como los tiempos de Sodoma y Gomorra, refiriéndome a que fueron los tiempos de la segunda revolución sexual en el país. La primera ocurrió a finales de los años ochenta, durante los primeros años de la Reforma y Apertura a la par de la explosión del boom artístico chino en la Literatura, la Música y por supuesto en el Cine: *Sorgo Rojo* (1987) de Zhang Yimou y la recién nacida *quinta generación*, inundarían los festivales internacionales de cine, convirtiéndose en la nueva oleada del cine chino. Y que por supuesto esta ebullición llegó a su clímax con el movimiento estudiantil de 1989.

Podría hablar de muchas cosas que viví en esos primeros años en Beijing, pero todo se diluye como leche en ese mar tan vasto que es la memoria, por lo cual puedo tan sólo entrever esa aura sexual que emanaba como un testimonio vívido de lo que alguna vez fue y nunca más será, además siempre he creído que la esencia del cine es lo carnal; la cámara y la grabadora de sonido registran imágenes y sonidos concretos, como los gemidos de la gente haciendo el amor que se colaban entre las paredes de esas viejas unidades habitacionales en donde me tocó estar con mi pareja y que ahora no se escuchan. Como las historias que me contaba ella de las señoras llevando a sus espaldas a un niño (no necesariamente sus hijos) que se ponían en la entrada de las universidades y vendían clandestinamente películas pornográficas, digo literalmente clandestinamente porque la venta de esas películas está prohibida en China. A mí no me tocó ver a las señoras, pero sí a los señores que vendían en sus triciclos con una caja atrás repleta de películas, que iban desde el *cine de arte* que cualquier cinéfilo como yo sólo podía mirar (ya que eran carísimas) en los estantes de ese entonces de MixUp o Tower Records en México; películas palomeras y por supuesto las prohibidas, que para tener acceso a ellas tenías que acompañar al señor a un paso a desnivel, un rincón, una especie de sótano o algún pasillo interminable de alguna unidad, donde te mostraba el amplio catálogo de las *maopian* (*mao* de pelos, y *pian* de película). El formato era en VCD y DVD, inexistentes ahora como las personas en cada esquina que las vendían o como los extras profesionales que salen en la película; *sombras que pasan* en

las imágenes a 24 cuadros por segundo, esperando a que alguien los llamara en la entrada de los Estudios de Beijing, lugar donde arranca este film.

Los extras desaparecieron de un día para otro, como las miles, tal vez cientos de miles de residentes no oficiales de Beijing. Recurrentemente me pregunto qué será de todas aquellas personas que nos tocó ver, provenientes de todas las provincias de la República Pop., y que ahora en este mundo desolado Post-Covid, deambulan en nuestras mentes como fantasmas de extraordinarios momentos. La historia con la que cierra *En Beijing*, habla de un ser que surge de un lago y que se le aparece a una joven universitaria de la Universidad de Pekín, siendo el detonante de su despertar sexual y el deseo inquebrantable de amar con lo más profundo de su ser. Y yo me pregunto ahora, a dónde se ha ido todo eso, ¿a dónde se ha ido nuestro amor? ....

2020